

VARON GABAI, Rafael, *La ilusión del poder. Apogeo y descendencia de los Pizarro en la conquista del Perú*, Instituto de Estudios Peruanos e Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima 1996, 450 pp.

Este es un libro que despierta, desde las primeras páginas, un interés especial; no es sólo la temática, pronto encuentra el lector un encanto especial en la maraña de los acontecimientos cotidianos que rodeaban la figura de Francisco Pizarro pero, muy especialmente, en la conformación del patrimonio de la conquista, ejemplificado en la familia Pizarro y su presencia en América desde tiempo antes de la invasión española de los Andes.

Las preguntas iniciales de Varón se centraron en el conjunto patrimonial de los Pizarro y, si bien es cierto que se trabajan clara y concretamente en el libro, puede observarse que a lo largo de un prolongado trabajo de archivo, Varón ha tocado muchas puertas, algunas de ellas conocidas pero muchas otras ignoradas anteriormente en la investigación. Proporciona por ello una imagen amplia de los problemas que encierra la historia del siglo XVI en el Perú, partiendo de la presencia española, que buscaba configurar su propio Nuevo Mundo.

Varón sigue la ruta de la familia Pizarro hasta América, pero específicamente hacia los Andes. Precisa, desde el comienzo, el tratamiento del conjunto familiar como una empresa, dejando de lado la imagen que prefería entender a los conquistadores como románticos aventureros que solamente se interesaban en una fama de corte medieval tardío. Es así, que a lo largo del libro puede apreciarse el intenso trabajo que requirió la conformación de un patrimonio personal, luego familiar, que hizo posible la constitución de un conjunto de recursos que fueron empleados en las diversas expediciones de conquista iniciadas desde Panamá. Destaca en esta primera parte, como en otras ocasiones a lo largo del libro, la dedicación del autor en la búsqueda de documentación alusiva al tema en diferentes archivos y, por cierto, en la rica documentación panameña, que arroja luces importantes no solamente para los momentos iniciales de la empresa de los Pizarro, sino posteriormente, gracias a la rica información de que se dispuso en aquella región sobre la situación andina temprana. Ciertamente, queda clara la conformación de un patrimonio inicial pizarrista en Tierra Firme y un conjunto de relaciones suficiente con otros personajes que resultaron inversionistas en la empresa de la conquista del Perú. Destaca, por ejemplo, la revisión del caso de Hernando de Luque; Varón propone su condición de “fiscalizador” nombrado por la Corona, recor-

dando que ésta encomendó generalmente a religiosos de los primeros tiempos el cuidado de los intereses reales. Alguno de ellos, como el célebre Reginaldo de Pedraza, se hizo famoso porque cuando murió en el viaje de retorno a la Península Ibérica, se le encontraron cosidas en el hábito las esmeraldas que habían sido “probadas” a martillazos o pedradas para averiguar si eran auténticas.

La reconstrucción del patrimonio del conquistador y sus descendientes y herederos inmediatos es capital. Debe resaltarse la cuidadosa búsqueda de las, a veces tenues, líneas que unifican la conformación del patrimonio y, también la detenida precisión de las informaciones marginales que permiten a Varón restablecer relaciones específicas en el movimiento de los bienes y sus rentas. Ello se encuadra en una complicada red reconstruida laboriosamente en muy dispersa documentación. A ello se suma otro aspecto interesantísimo, que surge de los esfuerzos de Hernando Pizarro por cautelar y defender sus intereses en el Perú, tanto en los intentos de consolidación del patrimonio familiar en sus manos, como en la utilización de los recursos legales para evitar la pérdida del mismo y su transferencia a la Corona. El hecho de haber decidido trabajar sobre el patrimonio es un hecho que abre una importante vertiente pocas veces explorada. La historia de los patrimonios familiares es un campo que permite una comprensión muy precisa de los momentos en que los mismos se forman y desarrollan. En la historia económica de la región andina pocas veces se ha enfrentado el análisis de los patrimonios; puedo recordar aquí el libro de Trelles sobre Lucas Martínez Vegazo (1982).

Un capítulo específico se refiere a la forma como los españoles del XVI, específicamente los Pizarro, vieron el mundo andino y su población. La experiencia de Pizarro en Tierra Firme sirvió, de hecho, para la definición de los criterios que le permitieron diseñar los espacios en que podía concretarse el patrimonio familiar. Fue perspicaz, hoy lo sabemos, cuando organizó un importante conjunto de encomiendas familiares en los lugares de más densa población, prefiguró el espacio de la plata altoperuana y alcanzó a escribir, en medio de las discusiones sobre el ámbito geográfico de su gobernación “si a mí me quitan Arequipa y las Charcas, que es lo mejor de esta gobernación, yo quedo gobernador de arenales”; al propio Pizarro le era visible que el espacio costero estaba menos poblado que los Andes del Sur del Perú y Bolivia.

Entre las cuestiones que surgen de la lectura del libro de Varón se encuentran las relaciones entre españoles y andinos. El asunto es vasto, y el

propio autor precisa que no es su tema central. Pero debe recordarse que el primer malentendido intercultural surgió cuando los pobladores americanos recibieron “con regalos” a los invasores; en realidad estaban buscando una relación de reciprocidad que los europeos no entendían. Por ello resultaba tan claro a ojos de los españoles que, si bien eran recibidos “amistosamente”, luego los amigos recientes “traicionaban” su conducta inicial, al comprobar que no había la misma percepción de la reciprocidad en la conducta de los españoles. El propio carácter mesiánico de la mentalidad de la época impedía a los españoles siquiera discutir que su propuesta “civilizadora” y hasta “salvadora” podía ser interpretada de otra manera. Es cierto, entonces, que prontamente los pobladores andinos adquirieron una conducta política propia frente a la presencia española, pero no estoy muy seguro de si las informaciones de los cronistas pueden entenderse al pie de la letra cuando afirman –como Cieza de León– que “al explicárseles que los españoles venían ‘por mandato del Emperador a poblar aquellas tierras de cristianos y a que les diesen noticia de nuestra fe’, con sagacidad, según el propio Cieza, respondieron ‘lo que vieron que convenía para estar seguros’” (citado por Varón, 222). Es mucho más probable que las afirmaciones de los cronistas en este sentido sean producto de la justificación de la conquista, tan necesaria para ellos mismos.

Similar criterio se encuentra en la bibliografía cuando se trata de las “alianzas” entre españoles y americanos. Tanto en México como en el Perú, los cronistas insistieron mucho en la importancia de las mismas, asimilándolas a una voluntad política de diversos grupos étnicos, de aprovechar la coyuntura de la conquista para enfrentarse al poder tradicionalmente eminente en sus regiones. Podría pensarse, más bien, que muchas de tales “alianzas”, establecidas por la gente andina a partir de sus propios criterios recíprocos, que presidían las relaciones interétnicas, podían funcionar independientemente de la voluntad y la explicación española. Un buen caso se ofrecerá en el libro de Varón, cuando se trata acerca de la actitud de los pobladores de Huaylas, quienes en los momentos del cerco de Lima por las tropas de Quizu Yupanqui, en los días de la rebelión de Manco Inca. Allí, grupos de Huaylas apoyaron a Pizarro contra los cuzqueños. La clásica explicación se basó en una actitud política de independencia de los grupos étnicos de Huaylas contra el dominio cuzqueño. Pero no deja de ser atrayente la situación planteada por la documentación de Francisco de Ampuero, quien buscaba establecer los derechos de su célebre esposa “Doña Inés Guaylas”. Obviamente, la información de Ampuero buscaba demostrar que los derechos de su mujer provenían del previo establecimiento de los mismos por el Inca Guayna Cápac, pero lo

que no puede dejarse de lado es la posibilidad de que el hecho que la propia Inés (Contar Guacho) fuera en esos momentos mujer de Francisco Pizarro, podía ser apelado en términos andinos para ejercer una reciprocidad específica, que pudiera luego reclamar continuidad. Ello podría muy bien explicar la actitud “anticuzqueña” de los grupos de Guaylas. De hecho, es necesario profundizar la investigación acerca de los criterios andinos que presidían las actitudes políticas, entre ellas la tan mentada alianza de los curacas con los europeos, vista casi siempre bajo los mismos parámetros que presidían las alianzas dinásticas o las convenientes vinculaciones de las casas nobiliarias con el poder real europeo.

Varón pasa revista a la complejidad de la información, a la calidad presumida de los intérpretes y a sus más frecuentes desencuentros lingüísticos y conceptuales; revisa la situación de los distintos grupos étnicos que fueron vinculados a las encomiendas de los Pizarro; destaca otras situaciones importantes, como la de Paullu Inca, un hombre que tuvo tan importante presencia en los momentos iniciales de la colonia cuzqueña, quien fue sepultado “como Inca”, lo que casi hace sospechar un papel inexplorado, en contraposición con Manco Inca, que hasta pareciera reproducir la dualidad que se aprecia en los incas anteriores descritos en la historia escrita por los cronistas (un Inca en Vilcabamba y otro en el Cuzco). Relieva Varón a las dificultades de los españoles para precisar los espacios (concebidos de manera distinta por europeos y andinos), así como también para identificar a las personas, confundiendo nombres de individuos con topónimos o con el nombre que se comenzaba a atribuir a los curacazgos, concebidos por los españoles como señoríos.

Un capítulo final desarrolla una síntesis elogiabile, donde no está ausente el debate. Varón ha logrado una suficiente maduración de su tema como para alcanzar la mirada amplia que este capítulo final refleja. Es éste un buen libro que no permite la indiferencia del lector. Su aparición casi simultánea en inglés (University of Oklahoma Press), le permitirá una difusión importante.

*Franklin Pease G.Y.*